PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO EN TIEMPOS DE PANDEMIAS

POSNORMALES

Esteban Rodríguez Alzueta
Jaime Breilh
María Belén Herrero
Marcela Belardo
Claudio Katz
Alberto Acosta
Jhon Cajas Guijarro
Horacio Machado Aráoz
Horacio González
Vanina Escales
Juan Manuel Cheppi
Andrea Revel Chion
Diana Kordon
Lucila Edelman
Darío Manuel Lagos
Daniel Badenes
Francisco Sierra Caballero
Gabriel Giorgi
Carlos Gamerro
Daniel Link
Leonora Djament



POSNORMALES

POSNORMALES

Esteban Rodríguez Alzueta
Jaime Breilh
María Belén Herrero
Marcela Belardo
Claudio Katz
Alberto Acosta
Jhon Cajas Guijarro
Horacio Machado Aráoz
Horacio González
Vanina Escales
Juan Manuel Cheppi
Andrea Revel Chion
Diana Kordon
Lucila Edelman
Darío Manuel Lagos
Daniel Badenes
Francisco Sierra Caballero
Gabriel Giorgi
Carlos Gamerro
Daniel Link
Leonora Djament



Título original: *Posnormales*

Autorxs: Esteban Rodríguez Alzueta, Jaime Breilh, María Belén Herrero, Marcela Belardo, Claudio Katz, Alberto Acosta, Jhon Cajas Guijarro, Horacio Machado Aráoz, Horacio González, Vanina Escales, Juan Manuel Cheppi, Andrea Revel Chion, Diana Kordon, Lucila Edelman, Darío Manuel Lagos, Daniel Badenes, Francisco Sierra Caballero, Gabriel Giorgi, Carlos Gamerro, Daniel Link y Leonora Djament.

Editorial: ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio)

394 páginas | 13 x 19 cm

1.ª edición: junio 2020 | Todos los artículos aquí compilados fueron escritos especialmente para la presente edición entre el 5 de mayo y el 14 de junio de 2020.

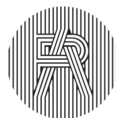
Idea, dirección de arte, diseño y edición: Pablo Amadeo

Asesora editorial y correctora: Laura Conde

Imagen de portada: Axel Rogel

apxel_

Agradecimientos: A todxs les autorxs por la disposición, la colaboración y la confianza. A Daniel Badenes, Esteban Rodríguez Alzueta, Maristella Svampa, Leonora Djament y Sandra Goñi por el diálogo y la generosidad. A Laura y Lucio, por el amor.



pabloamadeo.editor@gmail.com

@pabloamadeo.editor

pablo.amadeo.editor



Descargá la edición
anterior de ASPO
dando click a este link ▶ *La Fiebre*

a Ramona

ÍNDICE | MENÚ

CAPITALOCENO - COLAPSO Y CAMBIO GEOSOCIOMETABÓLICO
JUSTICIA ECOLÓGICA - DEMOCRATIZACIÓN - DESMERCANTILIZACIÓN
DESPATRIARCALIZACIÓN - DESCOLONIZACIÓN

Imaginando un (otro) mundo pospandemia Desafíos y posibilidades desde la Ecología Política del Sur

Horacio Machado Aráoz

"Las fuerzas generadas por la economía y la tecnociencia son ahora lo suficientemente poderosas como para destruir el medio ambiente, es decir, los fundamentos materiales de la vida humana. (...) Nuestro mundo arriesga una explosión o una implosión.
Esto debe cambiar. No sabemos a dónde vamos. Sin embargo, una cosa es clara, si la humanidad tiene futuro, ese futuro no puede ser la prolongación del pasado o del presente. Si intentamos construir un tercer milenio sobre esta base, con seguridad fracasaremos."
Eric Hobsbawm, "La edad de los extremos", 1949.

La pandemia como síntoma; el Capitaloceno como enfermedad

En el marco de la inercial vorágine de la vida social contemporánea, con la globalización ya surcando el siglo XXI, la azarosa e imprevisible contingencia de la materia

viviente nos ha deparado una súbita parálisis. Un evento de por sí trágico, pero que bien podríamos convertir en prodigioso. Quizás, como dándonos una (¿última?) oportunidad para mirar y tomar conciencia del *mundo en que vivimos*, un microorganismo, de existencia imperceptible, saltó de los animalitos que eran su hábitat natural al de los organismos humanos, a través de la comida; se fue expandiendo de humano a humano, a través de la respiración. El agua limpia que escasea es, hasta hoy, la única protección conocida. Así, a través de su elemental acción microbiológica, un virus, lenguaje de la Tierra, nos viene a advertir hasta qué punto el régimen de relaciones sociales en el que nos hallamos inmersos va completamente a contramano de las leyes de la vida. Ha creado un mundo en el que respirar, comer y beber, incluso hasta abrazarse y amar, se ha tornado peligroso.

Probablemente para algunes, la tenacidad de la pedagogía de la Tierra pueda parecer cruel, pero en rigor, habría que considerarla en proporción a la indolencia de la racionalidad dominante. Aún así, el mensaje sigue ahí, flotando en el aire: una vez más, se nos viene a advertir que lo que nos debería dar vida es lo que nos está matando.

Con sabiduría dialéctica, el virus se muestra como una enfermedad (a nivel biológico) que podría ayudar a curar (a nivel civilizatorio). El confinamiento obligado nos revela el estado generalizado de aislamiento que, en nombre del progreso, ha sido impuesto a vastas poblaciones humanas

y no humanas, de especies silvestres y domesticadas, como condición permanente de vida. La vida, que vuelve a respirar en estos días de cuarentena, nos muestra en qué medida ha sido asfixiada. El aislamiento como profilaxis, nos hace tomar conciencia de la comunidad como necesidad vital, de la centralidad de los vínculos y la cooperación social; de la vida como interdependencia, como-proceso-en-común. La "anormalidad" de estos días de paro, nos advierte sobre la entropía y la disfuncionalidad intrínseca a la normalidad que hemos creado. Las muertes que produce se comparan con las que, a la vez, evita; nos hace registrar las otras múltiples y generalizadas formas de matar que se encuentran vigentes en la rutina del mundo contemporáneo.[1]

En marzo de este año, en pleno auge de la pandemia en Europa, el Secretario General de la ONU llamaba a no perder de vista que el problema de fondo no era el coronavirus, sino la crisis climática, de la que aquél es solo una manifestación temporal más. Y advertía:

> Contamos el costo en vidas y medios de vida humanos a medida que las sequías, los incendios forestales, las inundaciones y las tormentas extremas cobran su precio mor-

[1] El Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente estima que la mortalidad global por la contaminación del aire y el agua, asciende a nueve millones de personas por año. Ver: https://www.unenvironment.org/es/resources/perspectivas-del-medio-ambiente-mundial-6

> tal. No tenemos tiempo que perder si queremos evitar una catástrofe climática.[2]

Queda claro que lo que nos está matando no es estrictamente el coronavirus. No ha declarado éste ninguna guerra. En todo caso, el virus ha venido solo a revelar el estado crítico del mundo; el grado extremo de deterioro y descomposición del sistema de Vida-Tierra.[3] La sintomatología del coronavirus muestra, de modo contundente, inapelable, que *la verdadera pandemia es, en realidad, la contaminación biosférica del Capitaloceno*. Esto significa que la toxicidad y destructividad intrínseca al modo capitalista de concebir y producir la existencia ha alcanzado ya límites insostenibles. La Biósfera, el útero que abriga y sostiene la vida en el Planeta, ha sido contaminada. La vida en sí, como totalidad *sympoiética*, en todas sus dimensiones, escalas y procesos, ha sido contaminada. No podemos ya soslayar este diagnóstico.

Justamente, Capitaloceno remite a una contaminación sistémica, geológica y antropológica; una contaminación no solo de la atmósfera sino, sobre todo, de la noósfera. Refiere no solo al estado de degradación de la *naturaleza externa*, sino, sobre todo, de la *naturaleza*

---

[2] Ver: https://news.un.org/es/story/2020/03/1470901

[3] Ver: https://ipbes.net/global-assessment
https://www.unenvironment.org/es/resources/perspectivas-del-medio-ambiente-mundial-6

interna. La vertiginosa aceleración del sociometabolismo del capital, habida en las últimas cinco décadas, ha involucrado un agravamiento drástico de los soportes y procesos materiales de la vida en el Planeta, así como también ha provocado profundos efectos ecobiopolíticos a nivel de los organismos humanos vivientes. El modo de sentir-se "humano" fraguado al calor del capitalismo globalizado como modo de vida incuestionado, ha acabado haciendo realidad la antropología imaginaria del ultra-liberalismo darwiniano. Hoy, el mundo está superpoblado de monstruos hobbesianos, que se paran frente al mundo con la pose del *Conquistador*, dispuestos a arrasarlo todo; en tanto, vastas mayorías permanecen inmutables, anestesiadas por el consumo, *normalizadas en el disfrute inmediato* (Scribano, 2013).

Somos plenamente conscientes de que hablar de Capitaloceno es tan evidente como problemático. Mientras que desde el rigor histórico-científico resulta irrefutable, dada la radicalidad de los cambios que involucra asumirlo, casi como un acto reflejo se lo tacha de "irrealista", "utópico" y cosas por el estilo. No es un problema de falta de evidencias; ni de falta de alternativas. Es un problema que, más bien, expresa hasta qué punto el virus del capital ha infectado las estructuras perceptivas, emocionales, libidinales e intelectuales de una gran masa de población humana, para la cual —como dijera Jameson— es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

Frente a ello, la pandemia irrumpe haciendo evidente lo que hasta ahora había permanecido imperceptible a las sensibilidades hegemónicas. Pone de manifiesto la terminante inviabilidad de este modelo civilizatorio. Muestra que el Capitaloceno, más que una nueva era geológica, constituye la epifanía de un e*vento límite* (Haraway 2016); un punto histórico desde el cual ya no podemos imaginar el futuro como mera prolongación del pasado o el presente.

Con abrumadora lucidez, ante el escenario de la gran crisis capitalista de inicios del siglo pasado, Rosa Luxemburgo definía la encrucijada histórica como "socialismo o barbarie". Y ya sabemos cuál fue el rumbo seguido. Tras la bomba de consumo keynesiana, el neoliberalismo nos ha colocado ante el último umbral de la barbarie. A esta altura de los acontecimientos sabemos que, si bien el capitalismo no es inmutable, solo puede ser trascendido por actos de la voluntad. Hablar de la inviabilidad del capitalismo no es suponer una "evolución histórica" predeterminada, ni creer que sus días están contados. Inviabilidad quiere decir que el horror no tiene fondo; que, de no mediar una decidida intervención de la acción humana que modifique de manera sustancial el actual curso histórico, el horizonte es el colapso. Cien años después, la encrucijada "socialismo o barbarie" resurge con mayor nitidez; resuena ahora como epílogo de un curso civilizatorio devenido en *deriva exterminista* (Thompson, 1983).

Capitaloceno y colapso geosociometabólico

Como efecto del grado extremo de hípermercantilización de la vida alcanzado en el presente, amplios sectores de la sociedad contemporánea —sobre todo, las clases medio-altas, urbanas y blancas— viven en un estado de profunda desconexión ontológica respecto de los flujos más elementales de la vida. Desde esas sensibilidades, la cuestión de la sustentabilidad se percibe apenas como un "problema ambiental", no como una crucial problemática política, relativa a la producción social de la vida y a la determinación colectiva de su sentido.

El grado de descomposición de la Tierra se manifiesta inexorablemente al mismo nivel que el de su especie más compleja. Políticamente, el Capitaloceno es un tiempo de desvaríos extremos. Las acechanzas emergen principalmente de las pulsiones colonialistas, supremacistas, patriarcales, clasistas y xenófobas encarnadas en liderazgos desquiciados y electorados predispuestos a seguirles. Pero esas nuevas caras de la derecha se alimentan también de los extravíos de la vieja izquierda.

Un aspecto clave de los problemas que afrontamos pasa por la pasmosa desorientación de las fuerzas que se adscriben como progresistas o de izquierda. Muchas siguen presas de la vieja nostalgia bienestarista de posguerra. Partiendo de una evaluación superficial de la crisis, sitúan el problema en el plano de las desigualdades y en el

“achicamiento” del Estado; desde allí plantean propuestas post-pandemia centradas en políticas de redistribución del ingreso y la regulación estatal sobre los mercados.

Sin embargo, el problema es mucho más grave. La generalización de la precariedad, la profundización de las desigualdades y la concentración de la riqueza no son solo una herencia del neoliberalismo; son síntomas del profundo trastorno geosociometabólico del capital. Más que un problema de concentración de la riqueza, lo que tenemos es un enorme déficit de democracia económica y de justicia ecológica global. Esta pandemia ha develado hasta qué punto nuestras vidas están en manos de grandes aparatos tecno-burocráticos globalizados que diseñan, organizan y gobiernan los flujos de materia y energía del Planeta, bajo el exclusivo criterio de sus planes de negocio.

La crisis del coronavirus pone de manifiesto que el mundo está crecientemente bajo el gobierno de un régimen oligárquico-corporativo que —a través de la apropiación de las energías vitales (*tierra* y *trabajo*)—, detenta la capacidad de disposición concentrada sobre la muerte y la vida en la Tierra.[4] Desde la cima de las finanzas y el control monopólico de las tecnologías y los circuitos de producción y comercialización globales, tales grupos diseñan las geografías, las ciudades, los transportes, los ecosistemas, las dietas, los cuerpos, los programas educativos,

[4] Ver: https://www.newscientist.com/article/mg21228354-500-revealed-the-capitalist-network-that-runs-the-world/

los sistemas comunicacionales, los fármacos, los sistemas sanitarios y securitarios, los regímenes de trabajo, los deseos, el tiempo libre; en fin, prácticamente todo.

El poder concentrado se ejerce sobre los flujos de materia y energía que circulan diferencial y asimétricamente entre los cuerpos, las poblaciones y los territorios de la geografía mundial. El comando corporativo sobre las "cadenas de valor" globalizadas, significa, *de jure* y *de facto*, que la vida en sí —el conjunto de comunidades de vida que integran la Biósfera terráquea—, se halla bajo el poder concentrado de mega-aparatos burocráticos que la gobiernan en función de su rentabilidad máxima como criterio político supremo.

La vida (con sus propias dinámicas, ritmos y flujos) se halla en sí violentada, abusivamente intervenida para ser disponibilizada y subsumida bajo la lógica ciega de la valorización abstracta y la acumulación sin-fin y como-fin-en-sí-mismo. Un virus ha venido a poner de manifiesto este radical trastorno geosociometabólico.

Visto retrospectivamente, es posible advertir cómo la mercantilización de la vida ha seguido un curso de expansión ininterrumpida, desde los orígenes del capital como Ecología-Mundo (Moore, 2013). Las sucesivas crisis han fungido instancias de aceleración de esa misma trayectoria. Desde la crisis del 29 (para no irnos más lejos) a la crisis de los 70 y a la del 2008, la dinámica sociometabólica del capital ha ido incrementando extensiva e intensivamente la frontera de mercancías, a través de una progresiva

concentración/centralización/uniformización/globalización de las tecnologías y los procesos productivos, y una creciente subordinación de los sistemas vivos a las reglas y dinámicas de la valorización financiera. Y lo que vemos es que la financierización de la vida es su descomposición.

En esa trayectoria, keynesianismo y neoliberalismo han sido estadíos diferentes y sucesivos de una escala ascendente de mundialización de las finanzas y concentración del poder corporativo; de intensificación de la producción y masificación del consumo. La aceleración del metabolismo social del capital significa el incremento exponencial del extractivismo y la depredación; el aumento de las escalas, velocidades y volúmenes de materias primas, productos y desechos tóxicos; el gigantismo de las infraestructuras, de las fortunas, de las deudas y de las vidas sacrificables.

De manera que no estamos solo ante un problema redistributivo. Con o sin redistribución, lo que el capital necesita es crecer; expandir infinitamente su proceso de valorización. El automatismo del crecimiento funge como mecanismo de coerción política. Los gobiernos deben, ante todo, "procurar el crecimiento". Y la palanca del crecimiento —que define el empleo y el consumo— la detentan los inversionistas. A través de las inversiones, la lógica de la valorización financiera decide qué, cómo, cuánto, dónde, a qué ritmo, con qué tecnologías, a qué costos, para qué y para quiénes se produce (casi todo) lo que se produce en el mundo. La concentración de la capacidad

de decisión sobre lo que se produce es un control remoto sobre nuestras vidas, sobre nuestro trabajo. Este sistema no solo produce las mercancías; a través de ellas, produce principalmente nuestras necesidades presentes y futuras; nuestras formas de percibir, sentir y habitar el mundo.

La dinámica geosociometabólica del capital, en su vorágine geofágica sobre el mundo de la vida, nos confronta a la expropiación de la determinación autónoma de nuestras propias condiciones de existencia; las desigualdades y la explotación (creciente e incesante) de la *naturaleza genérica* (Tierra) y la *naturaleza específica* (trabajo), son problemas derivados de aquella cuestión central.

Cambio geosociometabólico: la sustentabilidad como justicia y democratización social

La sustentabilidad no es solo una "cuestión ambiental", sino una problemática política. En la base de los problemas ecológicos tenemos una profunda injusticia estructural que nace de la apropiación asimétrica de los medios de vida y de un régimen autocrático de gobierno de la economía. No hay sustentabilidad sin justicia y sin democracia. Eso implica la necesidad de trascender el metabolismo social del capital.

La abstracción del sistema económico bajo el modo del capital lo ha llevado a crecer *por afuera* de los límites geofísicos y biológicos de la economía de la naturaleza y *por encima* mismo de la sociedad que lo ha creado y a quien debería ser-

vir. Una transformación geosociometabólica exige odificar el orden político en base al cual se estructura la producción de la vida social. Supone, en primer lugar, recuperar el control democrático sobre el sistema de producción de necesidades y satisfactores. Y, en segundo lugar, ya como comunidad política, abordar la tarea insoslayable de re-encauzar y re-enraizar el subsistema económico dentro de las dimensiones, ritmos, flujos y procesos propios del Sistema Tierra.

Concebido como una hoja de ruta hacia una mudanza radical, la noción de cambio geosociometabólico se comprende como una agenda transicional de un proceso que, sabiendo que debe ir construyéndose sobre la marcha y sin fórmulas ni modelos pre-establecidos, no debe perder su vocación y pasión revolucionaria. Puede resumirse esquemáticamente en cuatro grandes principios: democratización, desmercantilización, despatriarcalización, descolonización.

Democratización. La necesidad y urgencia de la agenda redistributiva no debe hacer perder de vista que la raíz de las desigualdades es un régimen oligárquico de apropiación y disposición de la Tierra y el Trabajo. El principal desafío y objetivo es avanzar en una agenda que procure revertir el régimen de expropiación originaria sobre nuestros medios y modos de vida; recuperar el control democrático sobre el sistema económico y los procesos productivos, general e integralmente considerados. Más que redistribuir el ingreso, necesitamos redistribuir el

poder; el poder de decisión sobre qué se produce, cómo, cuánto, dónde, para qué y para quiénes. Someter al escrutinio democrático los criterios de priorización de fines y medios productivos, de asignación de recursos, de evaluación y selección de tecnologías y procesos de trabajo. Democratización económica es desactivar el autoritarismo corporativo y la dictadura de los inversores.

Esto supone, por cierto, replantear el régimen de propiedad, pero también el rediseño de las unidades de producción y de los procesos productivos, hacia formas horizontales, autonómicas y cooperativas de trabajo. Hay muchas experiencias en estos campos en base a las cuales re-imaginar el futuro. Sabemos ya que *la estatización de las empresas no es socialización de la producción*; las participaciones de lxs trabajadorxs en las empresas también han resultado avances insuficientes que deberían profundizarse. Asimismo, la democratización requiere extenderse al campo de las pautas y ritmos de consumo; es preciso afrontar democráticamente la ineludible cuestión de los límites del Planeta y los procesos de entropía.

En términos geográficos, democratización supone la descentralización y desconcentración de los sistemas productivos; la profunda revisión de las escalas y del tamaño de las unidades de producción y circulación. Gran parte de los problemas políticos y ecológicos de las tecnologías tienen que ver con el gigantismo y el globalismo; lo que se presenta como "economías de escala", en realidad,

encubre la socialización de riesgos y costos y la concentración del poder-de-explotación y apropiación privada de ganancias. La relocalización de los procesos de producción y distribución no solo son una condición necesaria a los requerimientos de la eficiencia energética y la sustentabilidad ecológica, sino también para la participación y el control democrático de los mismos.

Desmercantilización. Desmercantilizar es desarmar el régimen de apropiación privada sobre bienes y servicios fundamentales y sobre el gobierno de los procesos económicos. Supone, fundamentalmente, subordinar los sistemas productivos a *los valores de uso*; lo que en gran medida se ha hecho de manera extraordinaria en estos días de pandemia. En efecto, la crisis ha revelado que reestructurar integralmente los procesos económicos para re-orientarlos a la finalidad de permitir y asegurar la reproducción de la vida, es absolutamente posible. Se ha visto cómo la salud, los alimentos, el trabajo, la vivienda, la educación, el agua, la energía, no pueden ser tratados como mercancías. Se ha visto cómo la mercantilización de estos bienes y servicios esenciales produce formas aberrantes de explotación y de degradación de las condiciones de vida.

Poner la vida en el centro es desmercantilizar la tierra, el agua, los alimentos, el trabajo, la salud y los servicios básicos; es construir-los como *bienes políticos*, y no como bienes de mercado; sus sistemas de producción, asignación y

distribución tienen que estar garantizados por la sola pertenencia a la comunidad política y regulados en los términos y condiciones que defina la comunidad.

Desmercantilizar supone abrir-nos a otras nociones de bienes y de riqueza, que tengan que ver, no con una escalada (presunta) infinita de consumo de mercancías, sino con niveles de satisfacción, de realización y de proyección de aptitudes y facultades humanas. Los valores de uso son un regulador indispensable para afrontar la cuestión de los límites y los ritmos de los procesos de producción y consumo. Pero también para la re-humanización de la vida colectiva, para pasar de una ontología de la felicidad centrada en el *tener* a la del *ser*; del *ser-con*.

Despatriarcalización. La eliminación de la toxina patriarcal de los sistemas económicos es fundamental para reimaginar la vida. Lo que desde hace tanto tiempo y con rigurosidad vienen planteando los movimientos feministas, ahora, en tiempos de pandemia, se ha visto abrumadoramente confirmado. Urge reorientar el sistema social a la reproducción de la vida. El cambio del sociometabolismo del capital hacia economías sustentables implica de modo imprescindible un giro despatriarcal de la economía política reorganizando las relaciones de producción en torno a la centralidad de la economía del cuidado y del sustento. La economía feminista presupone y radicaliza los principios de democratización y desmercantilización. Plantea un

giro político a la cuestión de la ***propiedad***, que supone dejar de pensarla como *posesión* para concebirla y practicarla más bien como *pertenencia*. La idea de propiedad como pertenencia implica un cambio radical en el régimen de propiedad; no hace lugar a la lógica del individualismo, pues asume y parte del reconocimiento de que la (re)producción social de la vida es una cuestión necesariamente colectiva; supone asumir que no hay vida sin producción en-común, sin co-operación. La vida como inter-dependencia es lo que está en la base de la centralidad de los cuidados como aspecto y práctica fundamental de toda economía política. La despatriarcalización implica, en definitiva, una deconstrucción radical del *habitus hobbesiano* que impera en el mundo de los negocios y de las finanzas, como un cambio indispensable. No solo la sustentabilidad, sino incluso la democratización de la vida, dependen sustancialmente de la despatriarcalización en este sentido, de refundar la economía en base a la productividad de los afectos, la cooperación y el cuidado mutuo, antes que en el individualismo competitivo.

Descolonización. Una dimensión fundamental del geosociometabolismo del capital es su base imperial. La apropiación colonial de las riquezas naturales y de la capacidad de trabajo de los territorios-pueblos inferiorizados y subsumidos como proveedores de "recursos" para los centros imperiales, ha sido y es un factor clave del "desarrollo" del capitalismo y de la hegemonía de Occidente.

La explotación extractivista de las economías coloniales y periféricas es la base material del “modo de vida imperial” que se presenta como “ideal de desarrollo” presuntamente universal; es la base también de los racismos y de las injusticias histórico-estructurales entre pueblos y culturas. Solo sobre esas bases ha sido posible sostener la falacia de un crecimiento ilimitado.

En su dimensión ecológico-política, la descolonización supone la desactivación de los mecanismos estructurales de la depredación extractivista y la implementación de políticas mundiales de resarcimiento de las desigualdades ecológicas acumuladas durante la mundialización del capital. La descolonización implica plantear una dimensión elemental de justicia ecológica. En el presente y hacia el futuro, exige la adecuación de los patrones de consumo de las sociedades respecto a la capacidad de carga de los territorios, como un aspecto clave para pensar la sustentabilidad.

En términos epistémico-políticos, descolonizar es deconstruir los presupuestos occidentalocéntricos, evolucionistas y pseudo-universalistas del desarrollismo que ha llevado a arrasar la sociobiodiversidad en la Tierra y a imponer una globalización monocultural, racista y supremacista. Descolonizar la economía es descolonizar los imaginarios, y abrirnos a pensar en una globalización emergente de una ecología de la con-fraternidad, desde la horizontalidad y la diversidad sociocultural como criterio y requisito de evolución política de la especie.

Como estrategia orientadora para avanzar hacia estas transformaciones, consideramos necesario impulsar una política general de desglobalización selectiva y reterritorialización estratégica. Tomando como base la noción de "desconexión" de Samir Amin, se trataría de someter a una profunda revisión y rediseño democrático el esquema dominante de la división internacional del Trabajo y de la Naturaleza, devolviendo el control sobre los territorios a las poblaciones y sus entidades políticas. Desglobalización selectiva y reterritorialización estratégica supone un cambio geopolítico multiescalar: una restitución del poder desde las corporaciones a los países y los pueblos. Implicaría revertir el proceso de despojo de los lugares y la concentración vertical de la economía, para pasar a esquemas de restitución de la complejidad (tecnológica, ecológica y de los procesos de trabajo) y la autonomía a los territorios. Estos procesos se pueden ir desarrollando desde abajo hacia arriba, de manera descentralizada —y sinérgicamente— a través de programas participativos de ordenamiento territorial estratégico.

Asimismo, esta propuesta consiste en el diseño e implementación de políticas de Autonomía Alimentaria, Hídrica, Energética. La democratización, desmercantilización, despatriarcalización, descolonización de la economía debe empezar por la reapropiación social del agua, la energía y los alimentos como fundamentos básicos de la materialidad de la vida. Las políticas de rediseño socioterritorial en base a los objetivos de autonomía alimentaria,

hídrica y energética, son mecanismos radicales e integrales de redistribución —no apenas de ingresos— sino de poder social. La autonomía alimentaria, hídrica y energética, son ya objetivos y políticas de vida de una gran diversidad de comunidades alrededor del mundo.

Los objetivos de autonomía alimentaria, hídrica y energética implican el rediseño de los hábitats y las infraestructuras de servicios básicos, orientados a restituir la diversidad biológica, socioeconómica, cultural y tecnológica de los territorios. Esto involucra el gran desafío de repensar los diseños urbanos y las escalas sostenibles de las ciudades y los espacios rurales, pasando a extender y diversificar las múltiples experiencias socioterritoriales ya en curso de hábitats rur-urbanos. Los servicios básicos, principalmente el transporte, el agua potable y la energía eléctrica deben pensarse como bienes públicos gestionados bajo control democrático, con criterios de sostenibilidad y equidad.

En la escala nacional, la propuesta de desglobalización selectiva y reterritorialización estratégica implica principalmente el desmantelamiento de los enclaves extractivistas que han colonizado la geografía nacional; principalmente el del agronegocio, el minero y el petrolero. Es prioritario desmontar el *país-commoditie* que se ha intensificado desde los 90 en adelante. Por supuesto, esto no se puede hacer de la noche a la mañana, pero requiere un sostenido programa estratégico nacional a mediano y largo plazo tendiente a restituir diversidad y complejidad a nuestro entra-

mado socioterritorial, tecnológico y productivo, básicamente destinado a ganar en sanidad y calidad de vida y ampliar niveles de soberanía económica y política.

Por las condiciones vigentes, el desafío más grande pasa por la diversificación socio-agroalimentaria. Los grupos de poder constituidos en torno al agronegocio se han consolidado en los últimos treinta años. Pero también son cada vez más evidentes sus nefastas consecuencias sanitarias, ecológicas y socioeconómicas. Las fuerzas de resistencia han ganado visibilidad pública y consistencia propositiva. Movimientos socioambientales, comunidades originarias y campesinas, también colectivos interdisciplinarios de investigación, vienen trabajando por la ampliación y consistencia de tejidos agroecológicos y de nutrición saludable. La agroecologización del territorio nacional es una propuesta política que va no solo en la dirección de la salud de la población y los territorios, sino también de la sustentabilidad económica y la democratización política. Un buen punto de partida acá es rediseñar el plan estratégico agroalimentario y agroindustrial nacional, bajo las antípodas de la lógica agroexportadora con la que fue originalmente concebido.

En materia del extractivismo minero, es necesario y posible avanzar en un plan más radical y urgente. Es imperioso una moratoria de proyectos mineros hasta que se realice una profunda reforma del marco normativo (fiscal, social y ambiental) heredado del menemismo y que ha permanecido inalterado hasta nuestros días. Como se sabe,

esa legislación fue confeccionada por el Banco Mundial a la medida de los exclusivos intereses de las grandes empresas mineras transnacionales. Las exenciones tributarias y de fiscalización, los regímenes promocionales de importación y de exportación deben ser profundamente modificadas para adecuarlos a las necesidades e intereses del país. Es necesario avanzar en una profunda revisión de los sistemas de fiscalización y control socioambiental de las actividades mineras, pero antes urge abrir un profundo debate nacional sobre la prohibición absoluta de la mega-minería transnacional a gran escala: no podemos concebirnos como un país minero. Se deberían diseñar democráticamente programas estratégicos de gestión de los recursos mineros, limitando la extracción a las condiciones socioecológicas de los territorios-poblaciones de origen de los yacimientos y a las necesidades de abastecimiento del aparato industrial nacional. Es fundamental extraer menos, mucho menos, de otra manera, con otras tecnologías, para fines productivos y sociales definidos democráticamente. Las asambleas y movimientos de las provincias cordilleranas tienen una vasta experiencia y batería de propuestas en esa materia, priorizando la defensa de las fuentes de agua y la autonomía socioeconómica de los territorios. Desde ya, ese es el punto de partida para redefinir qué tipo de minería necesitamos y sería posible en nuestro país.

En materia petrolera, es necesario redefinir los objetivos y las visiones desde los cuales se concibe la “sobe-

ranía energética", pensándola desde una urgente planificación democrática de transición energética, que vaya de la mano de la descentralización, desconcentración y descontaminación del sistema de generación y distribución. En este plano, aunque hay ya muchas propuestas desarrolladas respecto a una reforma integral del sistema energético del país, es prioritario partir por una inmediata suspensión de las explotaciones no convencionales y plantear la prohibición terminante de las técnicas de fractura hidráulica, siguiendo el ejemplo de varios países en esa materia. En nuestro caso, suspender inmediatamente y prohibir el *fracking* es una imperiosa necesidad económica y no solo ecológica: no es posible que los recursos del Estado estén subsidiando a empresas transnacionales y grupos económicos concentrados para la explotación destructiva de grandes sistemas geológicos. Esos subsidios y recursos en materia de investigación y capacidad laboral y tecnológica deberían ser totalmente direccionados a un plan nacional de transición energética, que contemple no solo un cambio drástico de la matriz energética del país, sino también de las pautas y los perfiles de consumo energético, para hacerla más democrática, justa y sostenible.

Por supuesto, muchas de estas propuestas requieren cambios significativos y simultáneos que involucran otras escalas geopolíticas. Temas urgentes de y en nuestro país, como la cuestión de la deuda externa, reformas comerciales y tributarias, los regímenes de resolución

de controversias y la responsabilidad judicial y penal de las empresas transnacionales, solo por mencionar los más evidentes, requieren cambios y políticas a nivel global. En este plano, es fundamental avanzar en una agenda que ya ha sido diseñada por los pueblos y está en movilización por fuerzas sociales y sectores políticos de todo el mundo, por caso:

- ***Una auditoría mundial de las deudas soberanas***, que desactive esta arma de despojo masivo de los pueblos. La eliminación de las deudas odiosas tiene que extenderse a la determinación de las responsabilidades políticas y penales de los actores financieros, políticos y empresariales involucrados en estos fenomenales sistemas de fraudes a gran escala.

- ***Una auditoría mundial de las deudas ecológicas***. En directa correlación con las deudas financieras, es fundamental llevar a cabo una profunda y seria auditoría de las deudas ecológicas entre países, continentes y sectores poblacionales, que desemboque en propuestas de resarcimiento histórico y de supresión de los mecanismos de transferencia de activos ecológicos asimétricos entre pueblos. Las herramientas y los estudios de la ecología política (huella ecológica, agua virtual, trasvase de nutrientes, etc.) hoy disponibles hacen sumamente factible esta política en el corto plazo.

- En correlación con el punto anterior, es de suma utilidad un cambio aparentemente irrelevante pero muy significativo: la sustitución del PBI y de otros indicadores económicos de base exclusivamente financiera por sistemas de contabilidad compleja que tengan en cuenta variables físicas, socioambientales y de eficiencia energética.

Por último, volviendo a Samir Amin (2003), cabría recordar su propuesta de transición post-imperialista, muy pertinente para la época. La misma contemplaba:

- el lanzamiento de una fiscalidad unificada de alcance mundial, que incluya un impuesto a las rentas por explotación de materias primas;

- la renegociación y regulación de los mercados de capitales y de los sistemas monetarios a fin de impedir los mecanismos de especulación financiera y evasión fiscal;

- la reestructuración de la OMC, orientada a una regulación justa del comercio mundial y la división internacional del trabajo y la naturaleza;

- la democratización de la ONU y la creación de un sistema jurídico internacional de protección de los derechos de los pueblos, y la desmilitarización del planeta.

Las propuestas que acá esbozamos se inscriben en un sentido estrictamente realista; concibiendo el realismo en función de la envergadura de los problemas que debemos afrontar: nada menos que la deriva colapsista del metabolismo geofágico del capital. Frente a ello, nada más realista que empezar a ensayar ya salidas efectivas y eficaces que nos proyecten a horizontes post-capitalocénicos. No tenemos ya tiempo para volver a confundir realismo con posibilismo. Hoy, más que nunca, pensar en términos realistas, es pensar (y actuar) radicalmente.

Referencias bibliográficas

- Amin, Samir (2003). *Más allá del capitalismo senil*. Buenos Aires: Paidós.
- Haraway, Donna (2016). "Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco". *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, Año III, Vol. I.
- Moore, Jason (2013). "El auge de la ecología-mundo capitalista. (I)". Laberinto N° 38.
- Thompson, E. P. (1983). *Opción cero*. Barcelona: Crítica.
- Scribano, Adrián (2013) "Una aproximación conceptual a la moral del disfrute: normalización, consumo y espectáculo". Revista Brasileira de *Sociologia da Emoção*, v. 12, n. 36.

VOLVER
AL MENÚ